

La fusión de rock duro y sonoridades autóctonas ha sido desde siempre una de las vetas más fecundas en la música contemporánea boliviana. Esta tendencia se observa desde los inicios del rock boliviano, cuando en la estela de bandas inglesas progenitoras del heavy como Deep Purple o Led Zeppelin, grupos paceños incorporaban motivos andinos a su sonido eminentemente bluesero. Son paradigmáticos en este sentido “El Inca” (1973) de Wara y “Gusano Mecánico” (1974) de Climax, ambos bastante superficiales en su hibridación estética, y los últimos más tirados al hard prog que al proto heavy. Esta convivencia sonora se mantuvo durante el resto de la década, cerca antes de las coordenadas del blues rock duro que del metal propiamente dicho.

En los ochenta comenzaron a aparecer bandas ya reconocibles como metaleras, atenuando la presencia de elementos nativos por aproximarse, primero, al sonido de Van Halen y Kiss, y luego a la New Wave of British Heavy Metal. Este alejamiento también se percibía en sus letras, que apuntaban a lo urbano donde las bandas de los setenta abordaban de manera explícita temáticas nativas —quizás con una motivación pseudomística heredada del hipismo, no siempre producto de una elaboración ideológica. Este proceso es análogo, en sonido y aspiraciones estéticas, al que desembocó en bandas como V8 o Riff en la Argentina. Es decir, sería igual de inexacto decir que Climax fue una banda de heavy con toques andinos, que buscar señales de fusión autóctona en los riffs metaleros de Trueno Azul, Metalmorfosis o Dies Irae, bandas heavy bolivianas de finales de los ochenta.

Durante la primera mitad de los años noventa, época del auge neoliberal, este proceso de distanciamiento continuó. Esto resulta paradójico si pensamos que el heavy metal es un género con mucho arraigo en sectores populares, especialmente en los valles. También en El Alto y otras urbes andinas, por lo menos hasta la explosión del hip hop aymara hace ya más de una diez años. En esta década el rock urbano se consumía primordialmente en ámbitos ligados a las élites económicas (y raciales) del país. Por el contrario, los conciertos de heavy eran (y son) frecuentados por un público mucho más heterogéneo en su composición étnica y de clase. Lo mismo sucedía con visitas de bandas foráneas. Era impensable recibir en Bolivia a grupos internacionales de primera línea —el rock no es ni de lejos una de las músicas más populares, por lo que es un mal negocio traer alguna gira por aquí—, pero Therion, Kreator, Hammerfall, Moonspell, y una infinidad de bandas iberoamericanas, celebraron exitosos conciertos en nuestro país. Camisetas, parches, y covers de Rata Blanca, Mago de Oz, Ángeles del Infierno, Barón Rojo, abundaban en la escena del metal noventero en Bolivia. ¿El tema indígena/originario? Aplacado por los códigos, a veces endogámicos, del mundo metalero. Pero fue ese fervor sectario el que permitió consolidar una escena heavy en el país, a diferencia de otras ramas del rock o del pop nacional.

La antorcha rebelde/reivindicativa la tomó el circuito hardcore/punk/crossover. Parecería raro hablar de punk en una nota sobre bandas metaleras, pero a pesar de los recelos tribales y como sucede en gran parte de Latinoamérica, la frontera entre trash y hardcore es muy tenue —y explica el éxito del género crossover en nuestro continente. Bandas como Lljatay K’japarin, Secuencia progresiva, Autorev y Los Tuberculosos, en esencia punk pero tirados a ratos al hardcore más furioso, se ocuparon de mantener en sus letras temáticas indígenas (a veces cantando en quechua o aymara) mientras abrían sus sonidos a elementos folklóricos. También vale la pena mencionar

que algunas de las canciones más exitosas de la década las firmó Octavia (antes Coda 3), una banda de pop rock con algunos giros andinos, pero que supo operar en el formato de la power ballad tardo-ochentera (quién no escuche tanto a U2 como a Scorpions o Poison en “Después de ti”, se está engañando).

Con todo, las bandas más notables de esta década son Subvertor, Sabathan y Alcoholika La Christo. La primera fue la que introdujo el metal extremo en Bolivia, practicando una mezcla de grindcore y black metal con letras politizadas; eso sí, restringiendo su interés por el tema indígena a sus letras. El caso de Alcoholika es de verdad irónico, pues hacen una música eminentemente fascistoide (tienen canciones llamadas “Swastika”, sus vídeos explotan una iconografía totalitaria, cantan en francés y alemán, sus líderes se vanaglorian de exportar su música a Europa y mantienen una relación antipática con la escena –no tocaron en directo por años, sosteniendo que los equipos locales no estaban a la altura–, etc.), pero se han hecho famosos por versionar algunos temas folklóricos en el mal llamado estilo “metal industrial”. Vos mismo creo que hablas de su versión de “Celia” al pensar en metal-tinku. Sin embargo, este experimento está lejos de ser representativo de un género o una escena. Y mucho menos Alcoholika sería una banda fundamental del metal andino. Incluso te diría que sus cover autóctonos son incidentes puntuales. Sabathan, casi contemporáneos de Alcoholika, sí tienen pie para proclamarse como la primera 'mezcla' de metal y ritmos andinos. Le sacan unos tres años de ventaja a “Raza de Bronce”, de 2001, con su “Juturi”. Pero, con toda honestidad, las sonoridades andinas son menos que secundarias en su propuesta.

Es más, si hablamos de industrial y ritmos andinos, Autorev se acercó al huayño y el post-punk industrial mucho antes, y bandas de música bailable/tropical como Iberia tienen un reclamo más legítimo a ser pioneros de la mezcla entre percusiones electrónicas EBM y ritmos de saya y tinku. Si escuchas canciones como “Primera experiencia” de Iberia, seguro lo notarás más claro que en cualquier cosa de Alcoholika. Esa tendencia de metal facho tampoco es aislada: una de las bandas más exitosas del metal mainstream de los últimos años es Querembas, un grupo de nu metal de Santa Cruz. Sí, son tan pobres musicalmente como te imaginas.

A partir de 2007, un periodo que coincide con la presidencia de Evo Morales, han aparecido nuevas bandas que sin incorporar directamente instrumentos, sonidos ni temas autóctonos en sus propuestas, tienen más asumida la persistencia de lo nativo en todos los ámbitos nacionales. No tratan lo indígena como algo a reivindicar desde lo ideológico ni un gran tema nacional –mucho menos como el *Ichspaltung* que exploraron en sus composiciones las bandas de hard rock setentero–, sino como algo que coexiste naturalmente en nuestros espacios de consumo cultural y es igual de legítimo que otras músicas.

En este marco han proliferado grupos que homenajean desde el cover (a veces digno) o del pastiche, a músicos como Alfredo Domínguez –preeminente guitarrista folklórico boliviano– o Kalamarka. Hace pocos meses apareció un disco de versiones heavy de estos últimos, quizás la banda folklórica boliviana con mayor proyección internacional después de Los Kjarkas (El Remolón de ZZK Records los sampleó en más de una ocasión), y a diferencia de los Kjarkas, no portan una

carga acomodaticia pequeño-burguesa. Al tratarse de covers, sería forzado hablar de fusión, pero el disco es un buen muestrario de quién está dispuesto a mojar los pies en la música andina boliviana sin perder mordida metalera. Algo importantísimo considerando la obsesión con la pureza que tienen algunos sectores heavy; además de confirmarnos lo bien que maridan las guitarras distorsionadas y los ritmos andinos. También se puede mencionar a bandas aparecidas ya en esta década (Caja Negra) que hacen un stoner rock muy básico, en el que se cuela alguna percusión andina o instrumento autóctono; algo que Los Natas ya hacían hace 15 años, pero que igual parece novedoso en el contexto boliviano.

Entonces, antes que una fusión plena, se podría hablar de la perseverancia de trazas andinas –en ritmo de saya, tinku o huayño, que no en vano son estructuras pentatónicas como sucede con el blues y el rock– en la música urbana contemporánea de Bolivia. Pasa lo mismo con la cumbia, el pop y, naturalmente, el rock; que no pueden escapar de ese hecho. El metal está dejando de ser una excepción. Sí, tenemos por lo menos dos décadas de retraso en la fusión de heavy metal y sonoridades autóctonas, pero últimamente hay señales para creer que comenzamos a avanzar.